



## XXII

**D**ESPUÉS de haber permanecido un invierno en Geierfels, partieron todos para Constantinopla, á escribir allí sobre el terreno la historia de Bizancio. Aquel año pasaron el verano en Ménémén, á orillas del Hermos, á algunas leguas de Esmirna, en una encantadora casa que un banquero griego amigo del conde puso á su disposición. En el momento en que escribo, están de regreso en Pera. El año próximo é inmediato, visitarán la Persia. Estefanía era de parecer que llegaran hasta Cabul. ¿Y por qué no hasta el Tibet? ¡Vivir para ver!

Iván es libre; se ha resignado á la voluntad de Dios, pero está firmemente resuelto á morir al lado de su antiguo *barine*. El padre Alejo conserva toda su dentadura en buen estado todavía, y no tenemos necesidad de añadir que pinta siempre sin descanso. Últimamente decoró con figuras apocalípticas la modesta iglesia de Ménémén. Su felicidad no está exenta de nubes sin embargo: teme que los in-

mortales frescos del Geierfels se deterioren con la humedad y el frío, por lo tanto se propone ir á restaurarlos á la mayor brevedad. El conde Kostia está bueno pero á condición de estar ocupado incésantemente. En su afán de trabajar, algunas veces llega á fatigar con extremo á su yerno. La historia de Bizancio sigue su curso; el primer tomo está en prensa: aviso á los aficionados! Kostia Petrovitch por otra parte hace mucho ejercicio. En cuanto siente perturbado su ánimo, con un exceso de fatiga se cura. Por lo demás trata á su hija con irreprochable cortesania jamás desmentida; pero toda su ternura es para el pequeño Kostia que dió á luz su hija hace diez meses, y del cual, esta es su vanagloria, pretende ser algún día el mentor. Entretanto le mimó, le acaricia y le contempla á su placer. Conviene saber que por una extrañeza muy frecuente de la naturaleza, ese niño es el vivo retrato de su abuelo. Ha nacido con pómulos bastante salientes y un par de cejas grandes que se vuelven más espesas de día en día. Este es un certificado que vale tanto como cualquier otro.

Á Estefanía sigue causándole horror la letra de molde, enfermedad de que no curará nunca. En cambio, ama con ternura su bello herbario, admiración de los inteligentes y que se propone enriquecer con todas las plantas de Cabul. Gilberto da funciones de títeres en presencia de su esposa. Una noche que estaba hechizada con este espectáculo, recitó ésta con mucho fuego los últimos versos del poema de las *Metamórfosis*:

—«¡Sea este día feliz para nosotros! Después de la flor viene el fruto. El sagrado amor engendra en nosotros la unidad de ideas y sentimientos de tal manera que, confundidos en una armoniosa contemplación, nuestras dos almas descubren juntas las etéreas moradas!»

Sin embargo, aun cuando las plantas hayan florecido y fructificado, no renuncian por eso á sus hojas y á sus raíces. La última primavera, el conde Kostia y su yerno hicieron una excursión á Pérgamo, y al partir se compro-

metieron á estar de vuelta en Ménemen al cuarto día, á mitad de él; pero en los países donde no hay caminos, no se llega fácilmente al punto destinado, por lo que los viajeros se hicieron esperar. Estefanía se inquieta, sueña en ladrones y precipicios: trata con aspereza al padre Alejo, que procuraba tranquilizarla, y amenaza con un bofetón al pobre Iván, que le recitaba un proverbio ruso sobre la paciencia. En fin, perdido el tino, ordenó que le ensillaran su caballo, y cuando Gilberto llegó al medio día, la encontró que partía en su busca á todo escape y que iba á arriesgarse corriendo por peligrosas soledades sin más protector que una mala pistola de bolsillo. Como es natural, Gilberto la riñó por su loca imprudencia. Ella se incomodó, se exaltó, dió con el pié en el suelo y corrió á encerrarse con llave en su aposento, pero después de veinte minutos salía otra vez con la frente serena, y todo volvía á quedar como estaba.

Algunas horas después, pero antes de ponerse el sol, se la podía ver sentada en medio del *verandah* que había en la parte delantera de la casa. Vestía una especie de peinador oriental de color verde pistacho, lleno de bordados de oro y adornado con encajes, ceñida al talle delgado y flexible como un junco, ancha cinta de crêpe amaranto con flecos en los flotantes extremos. Calzaban sus diminutos piés unas babuchas con borlitas... Rodeaba su cuello blanco como la nieve un precioso collar de perlas. Cada día cambia de tocado. Aquel día llevaba el cabello levantado y peinado á guisa de corona. En una mano un abanico, en la otra un latiguillo. En este mundo nunca se peca por exceso de precaución. Hela allí acurrucada y hecha un ovillo en el extremo de un sofá con la fantástica gracia de una linda gata de angola. Á sus piés están echados dos cabritos; uno de color castaño claro y otro de un gris plateado, y tan lindos como no se ven en el país del sol. Divisábase en lontananza un hermoso jardín florido, y más allá un cementerio turco plantado de cipreses y terebintos,

del cual salían los arrullos de las tórtolas. El color del cielo era de un azul fuerte en el zenit y casi verde en el horizonte.

Estefanía llamó á Iván que estaba apisonando una calle del jardín.

—¡ Para consolarle, dadle un vaso de rakí ! ¡ Llenádselo hasta el borde !—le dijo al padre Alejo.—He sido un poco viva de genio esta mañana. Pobre Iván, tal vez no sea esta la última vez.

En aquel momento, viendo aparecer á Gilberto:

—¡ Venid pronto aquí !—le gritó.—Sentaos á mi lado; tengo que contaros una historia. Os parecerá tan nueva como interesante.

Y cuando Gilberto se hubo sentado, abanicándose dijo:

—Figuraos que había una vez, en una de las torres de un viejo castillo, un pobre joven á quien se complacía en perseguir un tirano feroz. Estaba tan triste, tan triste, que corría riesgo de morir ó volverse loco. Felizmente llegó al castillo un amable y valiente caballero, uno de esos caballeros pálidos que saben botánica y griego y el lenguaje de los títeres. Ese caballero era compasivo, y tuvo piedad del joven. Era valiente y arriesgó su existencia por penetrar en el encierro en que se consumía el cautivo. Era sabio, y le hizo participar algún tanto de su sabiduría. Tenía maña y sangrè fría, y le salvó dos veces la vida. El resultado de todo esto es que el pobre joven no murió y que hoy me hallo siendo la mujer más feliz del universo... ¿Qué os parece? ¿Verdad que es lindo mi cuento?

—¡ Qué modo de raciocinar !—exclamó el padre Alejo, que á tres pasos de allí, fumaba tranquilamente bebiendo á sorbos un excelente vino de la Encomienda. ¡ Qué inteligencia tan superficial, hija mía ! no discernis más que las causas secundarias !... Es necesario que digáis que en aquel castillo donde vegetaba el pobre joven, había un buen sacerdote que sabía pintar, y que en medio de este siglo de barbarie, era el único que se ocupaba en repre-

sentar las sanas tradiciones del gran arte. Y este buen sacerdote celebró un contrato con la Santa madre de Dios, y cuando hubo llenado de pinturas al fresco las blancas paredes de la capilla, se tomó la libertad de decirle: «He cumplido mi palabra; ¿me cumpliréis la vuestra?» Y se operó un milagro, y se rompieron los hierros del pobre joven. Hay más: resultó que el joven era una señorita, á quien amaba un caballero que debía enlazarse con ella después de un año de ausencia. Al anciano sacerdote, que había vivido lo bastante para desconfiar de las mujeres, le ocurrió la idea de entregar á nuestra jovencita una imagen en miniatura en la cual pintó por su mano dos corazones atravesados por una flecha, y le dijo: «¡ Hija mía, cuélgate al cuello este medallón y mírale cada día por la mañana y por la noche. Este es un amuleto que te conservará siempre fiel á tus primeros amores !» La joven aceptó la imagen y de aquí que de esto resultó que el buen sacerdote es hoy el mortal más afortunado de la tierra, fumando excelente tabaco, bebiendo vino de Chipre, sin inquietudes, sin penas, y contemplando agradablemente un lindo jardín bajo un hermoso cielo, que es azul allá arriba y verde allá abajo.

En esto, salió el conde Kostia con un escardillo en la mano, y como hubiera oído la peroración del padre Alejo:

—¡ Todo eso está muy bien, señor Pangloss !—exclamó tirándole de la barba;—pero hay que cultivar el jardín.

—Y la pintura—replicó el buen padre sin inmutarse.

—¡ Y nuestra razón !—murmuró Gilberto mirando á su esposa con intención.

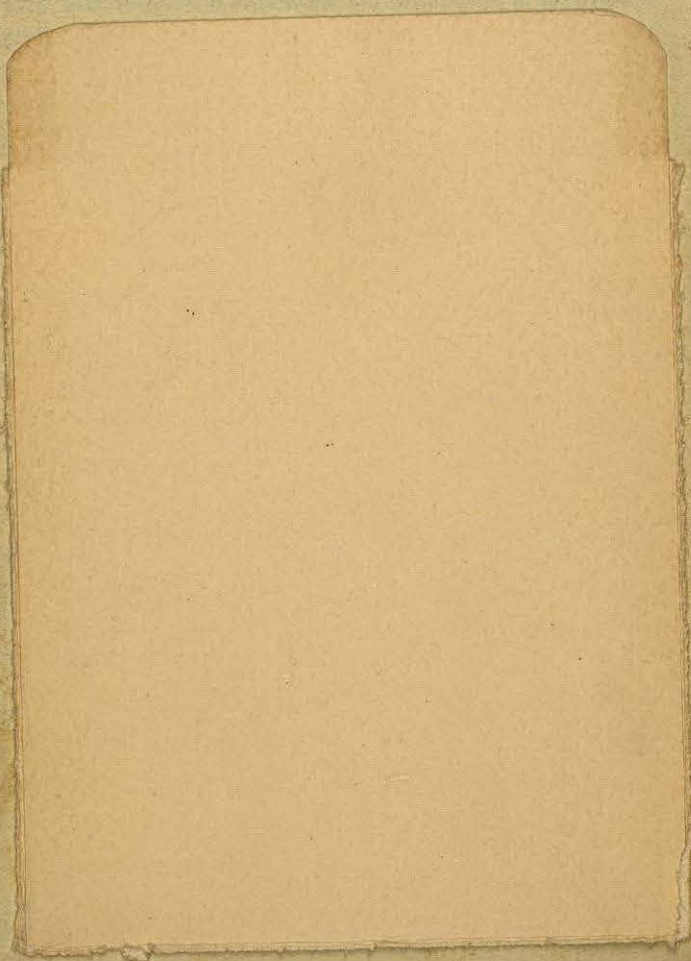
—Consiento en ello—replicó Estefanía—con una condición, y es que creeremos siempre en la locura de la amistad!

Y, lanzándose de un salto lejos del sofá, exclamó con el aire trágico de otro tiempo:

—¡ Oh locura, yo me mataré el día en que dejarán de sonar en mi oído tus encantadores cascabeles !...

Dicho esto, hizo una triple pirueta sobre la punta de su pié derecho. Espantados los cabritos le contestaron agitando sus campanillas...

Amigo lector, tengo motivos para creer que Estefanía no se matará, y por lo tanto, me regocijo de ello. Jamás me pareció exacto el proverbio de que «las locuras breves son las mejores.» Las hay divinas; la cuestión está en saber elegir las.



## ÍNDICE

	Pág.
I..	5
II..	17
III..	29
IV..	41
V..	53
VI..	77
VII..	93
VIII..	107
IX..	127
X..	135
XI..	153
XII..	175
XIII..	199
XIV..	213
XV..	229
XVI..	249
XVII..	285
XVIII..	301
XIX..	329
XX..	347
XXI..	361
XXII..	369

